

Desde Cataluña

Albert BALCELLS

Universidad Autónoma de Barcelona

Escribir sobre una parte de mi trayectoria profesional hasta el acceso a la condición de catedrático es algo que me viene de nuevo y que no había pensado hacer. Pero, colocado este relato al lado de los de otros historiadores de mi generación, quizás pueda tener algún interés. Cuando se tiene buena salud y ganas de trabajar el tiempo corre bastante más deprisa de lo que uno asimila. Cuando pienso que acabé la carrera con la presentación de mi tesis de licenciatura a principios de 1963, percibo el tiempo transcurrido como mucho más corto que en términos cronológicos. En un abrir y cerrar de ojos se pasa de «joven historiador» a la proximidad de la jubilación forzosa. Y como siempre uno ha de seguir aprendiendo y cada libro es un volver a empezar, cuesta asumir que la imagen que los otros tienen de uno dista mucho de aquella de hace cuatro décadas.

Hasta los años sesenta las cátedras eran de historia moderna y contemporánea. Los discípulos de Vicens Vives evolucionaron, en cuanto a sus centros de interés, de la historia moderna a la contemporánea. Pero a alguno de ellos, en hora baja, le he oído decir que se dedican a la historia contemporánea los que no saben ni latín ni paleografía o no quieren aprenderlas. Y es que hasta principios de los sesenta la única historia respetable era la medieval y esa respetabilidad se extendía a los siglos XVI y XVII y como máximo al XVIII. Esto era así no sólo en España sino en el resto de Europa. Incluso la escuela de los *Annales*, en su época de mayor apogeo, dejaba de lado la edad contemporánea. Si los historiadores europeos tendían a evitar el último siglo y medio por ser demasiado polémico y porque sus divisiones llegaban a nuestros días, todavía era mayor la inhibición en España y en Cataluña a causa del trauma de la guerra civil de 1936 con sus antecedentes lejanos y próximos. El tabú no tenía como único origen la censura franquista.

Cuando surgió la primera generación de historiadores nacidos en la posguerra y dispuestos a penetrar en la edad contemporánea hispánica, las principales cuestiones que ocuparon el telón de fondo de la investigación fueron los factores del subdesarrollo español, las causas últimas de la guerra civil, la interrelación entre ambos temas y la superación de una visión uniforme y centralista de la historia de España. Acabé la carrera en la Universidad de Barcelona sólo cuatro años después de la muerte de Vicens Vives, cuyos libros conocíamos al dedillo, especialmente *Industrials i polítics del segle XIX*. En aquella Facultad los chicos éramos poquísimos al lado de las chicas y abundaban las monjas con sus tocas almidonadas o blandas, según la orden, y también había frailes y curas con sus sotanas. A principios de los sesenta mi promoción en aquella Facultad de Filosofía y

Letras equivalía a menos de la décima parte del total de las que salen actualmente de las seis facultades que hay en Cataluña. Sin olvidar que no existía entonces la de Mallorca ya que las Baleares formaban parte del distrito universitario de Barcelona.

Pero no se crea que teníamos más perspectivas profesionales que las que tienen los jóvenes licenciados actuales. En las oposiciones a profesores agregados de instituto de enseñanza media a las que me presenté en el verano de 1966, más de trescientos concursantes de toda España nos amontonábamos en el Instituto Beatriz Galindo de Madrid para treinta plazas, de las que un tercio quedaron vacantes al final. Recuerdo aquella oposición como la peor de las que he tenido que pasar, mucho peor que las de universidad. Pero gané una plaza en la Seu d'Urgell. No estaba mal teniendo en cuenta que no me había podido preparar más que poco más de la mitad del temario.

El régimen había celebrado hacía poco los «veinticinco años de paz» y dos después, en 1966, perseguía a los delegados del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona a raíz de la Capuchinada. La policía dispersaba con las porras a la manifestación de sacerdotes y religiosos que se manifestaban en silencio delante de la prefectura de policía por los malos tratos sufridos por un estudiante detenido. Antes de finalizar el año Franco ganaba el segundo referéndum de su historia con los procedimientos habituales y con la oposición amordazada, mientras el conformismo desarrollista avanzaba viento en popa con aire aparentemente impasible.

Mi primer libro, el del sindicalismo en Barcelona entre 1916 y 1923, fue mi tesis de licenciatura, que entonces era un trámite obligatorio para alcanzar el título. Fue la primera monografía académica sobre el movimiento obrero en el siglo XX. Toda una novedad. De tutor efectivo tuve a mossén Casimir Martí, el iniciador de la historia del movimiento obrero entre nosotros con su libro sobre el anarquismo en Barcelona en los inicios de la Primera Internacional. Carlos Seco, mi tutor oficial, quería que yo estudiase la política social de Eduardo Dato, pero apoyó lealmente mi elección. Valentín Vázquez de Prada se negó a darme sobresaliente por unanimidad porque decía que era una tesis marxista y Seco le respondió que si Marx hubiese presentado una tesina no se le hubiera podido negar la máxima nota. Podía tomarse como un comentario desmedidamente halagador (no era el caso), pero la respuesta confirmaba todas las sospechas de Vázquez de Prada.

Casimir Martí me animó a presentarme al premio Nova Terra en la Fiesta de las Letras Catalanas, la Nit de Santa Llúcia, algo que no se me hubiera pasado por la cabeza espontáneamente tratándose de mi primer trabajo. Jordi Nadal, que estaba en el jurado, decía que me iban a hacer daño premiándome la tesina pero los demás no le hicieron caso. Gané el premio Nova Terra y salí en *La Vanguardia* del día siguiente entre literatos acreditados. Hacía sólo cuatro años del boicot de *La Vanguardia* por culpa de Galinsoga y el diario quería demostrar interés por la cultura en lengua catalana dedicando la primera plana a la fiesta. Hoy las cosas son distintas. *La Vanguardia* dedica menos atención a la cultura literaria catalana que la edición barcelonesa del *ABC*. Carlos Seco le envió a

Jesús Pabón mi libro y éste lo citó no sólo en notas sino dentro del mismo texto de su biografía de Cambó. Esto equivalía a que el libro de un novato como yo, era tenido en cuenta por quien era el gran patrón del momento en el campo de la historia contemporánea académica en España.

Acabé de escribir en la Seu d'Urgell mi tesis doctoral sobre la cuestión agraria y el movimiento rabassaire en Cataluña de 1890 a 1936. La presenté en la Universidad de Barcelona en otoño de 1967. Era la primera tesis académica donde aparecían los hechos del seis de octubre de 1934, sus causas y consecuencias. Emili Giralt, gran especialista en historia agraria y tutor efectivo de la tesis, prologó después el libro cuando se publicó. La tesis obtuvo la máxima calificación y la presenté inmediatamente al premio Nova Terra. Cuando me lo dieron por segunda vez, Jordi Ventura, prematuramente desaparecido, me dijo en el vestíbulo del Ritz: «A partir de ahora irán a por ti». Mi segundo libro sería editado años después en castellano por el servicio de publicaciones del Ministerio de Agricultura y luego tuvo una segunda edición ampliada en catalán en 1983.

Mi primer libro no había tenido problemas con la censura, cosa sorprendente. Poco después, en 1966, la ley Fraga hacía desaparecer la censura previa aunque subsistió el peligro del secuestro y de diversas sanciones posteriores hasta el cierre, por lo que los editores optaban con frecuencia por la «consulta previa», típico eufemismo franquista. Mi segundo libro, el de la cuestión rabassaire desagradó al censor que así lo dejó escrito en su informe, exhumado por Dolors Marín y Agnés Ramírez al preparar la historia de la editorial Nova Terra. Pero el censor consideró que no había bastante base para «evitar su publicación» (sic). En cambio, la versión catalana del conjunto de textos sobre el arraigo en Cataluña, que yo había publicado en la *Revista de Trabajo* sin problemas por tratarse de la publicación de un ministerio, sufrió amputaciones por parte del censor al publicarla como libro Nova Terra en 1973 y, además, poco después de su aparición, la mayor parte de la edición desapareció quemada a raíz de un atentado impune de extrema derecha contra la editorial.

Pocos meses antes de alcanzar el doctorado en 1967, yo acababa de trasladarme a Barcelona después de casarme y de fundar una filial de instituto de una cooperativa de viviendas en el barrio obrero del Besós. Cada día abría las persianas de las dos tiendas que servían de local provisional de la filial donde, entre los alumnos, tenía algunos del barrio proletario de la Mina. Pero, poco después la legislación cambió completamente y yo tenía que escoger entre seguir en aquel centro del Besós y dejar así de ser funcionario del Estado o participar en un concurso de traslado. El edificio previsto para la filial de instituto no se había empezado y no se sabía cuando comenzarían las obras. Opté por el concurso y pasé al Instituto Joan (entonces Juan) Maragall, que era femenino y está en el Ensanche de Barcelona. Si, con destacables excepciones, el anquilosamiento burocrático dominaba entre el profesorado del instituto en aquella época, dar clase a las alumnas de entonces era una delicia. Como lo había sido enseñar historia y geografía al alumnado de la Seu d'Urgell y a los niños del Besós, después de haber enseñado en dos colegios privados, donde el trabajo resultaba bastante más complicado.

Menos mal que la enseñanza en el Maragall era agradable y menos fatigosa, porque en aquellos años entré en la Universidad Autónoma, acabada de fundar, primero en Sant Cugat y luego en Bellaterra, de manera que la acumulación de trabajo era tanta que no comprendo cómo me quedaba tiempo para investigar y publicar como lo hice entonces. Durante la semana tres mañanas las dedicaba al Instituto Maragall —cuatro horas de clase seguidas—, dos mañanas a la Universidad —dos horas de clase— y al anochecer daba dos horas más de clase, dos días semanales, en el Institut Catòlic d'Estudis Socials, que entonces suplía la falta de unos estudios universitarios de sociología. Allí conocí a Josep M. Bricall, a Miquel Caminal, a Rafael Ribó, futuro dirigente del PSUC, y a otros personajes que entonces formaban parte del profesorado auxiliar de universidad y hoy son catedráticos. Teníamos un alumnado vespertino, generalmente adulto pero también joven, todo él vocacional y muy interesado. Joan Gomis era el director. Esa escuela desapareció hace años. En los ochenta yo organicé allí un ciclo colectivo sobre historia del pensamiento político catalán desde el siglo XVIII a mediados del siglo XX, y otro sobre historia de las mujeres. Ambos ciclos fueron publicados.

De aquellos primeros años en la Universidad Autónoma de Barcelona guardo un recuerdo imborrable, eran tiempos de ilusión a pesar de que el contexto era duro y muy incierto. Recordaré tan sólo que el curso 1974-1975 acabó con el aprobado general político después de una huelga de profesores no numerarios, los penenes, que eran las dos terceras partes del profesorado de la Universidad. Se había situado aquel centro en un bello descampado y ello permitía al aparato represivo del régimen olvidarse de él en un momento en que tenía quebraderos de cabeza bastante más graves que la agitación universitaria.

Bajo la dirección de Emili Giralt y al lado de Josep Termes, Alfons Cucó, Eva Serra y otros colegas, empecé a trabajar en 1966 en la Bibliografía de los movimientos sociales en Cataluña, el País Valenciano y las Islas Baleares, que vino precedida por la cronología de los movimientos sociales que publicamos en 1967 Giralt, Termes y yo. Mis trabajos en la primera mitad de los años setenta se centraron en un conjunto amplio de temas, que se iban convirtiendo en libros: la relación entre crisis económica y agitación social en la Cataluña de los años de la Segunda República (libro publicado en 1971 por Ariel, donde trabajaba entonces como directivo Joan Reventós); la escisión trentista de la CNT y la federación de sindicatos de Sabadell en la primera mitad de los años treinta; la condición de la mujer obrera en el mundo fabril y en el taller doméstico en la Cataluña de las primeras décadas del siglo XX; la posición de los grupos marxistas frente al catalanismo hasta 1936: el socialismo en Cataluña en los años republicanos; los factores del arraigo del anarquismo en Cataluña con la publicación de un conjunto de textos de los años veinte y treinta, y, finalmente, estudié la figura de Rafael Campalans, socialista catalanista. Reuní una parte de esos trabajos en el libro *Trabajo industrial y organización obrera en la Cataluña contemporánea*, publicado por Josep Verdura y Alfonso Comín en Laia en 1974. Contaba con cuatro libros de los que era autor único, dos en colaboración y tres ediciones de textos con estudio preliminar en 1975.

Manuel Tuñón de Lara no había conseguido que ni Josep Fontana ni Pep Termes aceptasen ir a los coloquios que organizaba en Pau y los primeros catalanes que allí llegaron en 1972 fuimos Casimir Martí y yo en el dos caballos de Martí. Tuñón de Lara nos recibió con entusiasmo. En los sucesivos coloquios de Pau conocí a Antonio Elorza, Marta Bizcarrondo, Santiago y Juan José Castillo, Elías Díaz, Manuel Pérez Ledesma, José Luis García Delgado, José Álvarez Junco, Gabriel Tortella, David Ruiz, Ángel Bahamonde, Santos Juliá y un largo etcétera. Entré así en contacto con los historiadores de mi generación que trabajaban en Madrid, y lo hice en un terreno «neutral» como Pau, alejado del marco oficial español. Muchos de los mencionados eran profesores de otras facultades que no eran de letras. Todo ello me permitió establecer relación, con gran libertad y sin larvadas rivalidades profesionales, con un círculo interesante. De la mano de Tuñón de Lara y de parte de este círculo entraría luego en consejo asesor de la revista de divulgación *Historia 16*, desde su fundación en 1977. Éste fue un nuevo nexo con el centro de la Península durante la transición. Desde entonces ha sido permanente la relación con David Solar, Asunción Doménech, Javier Villalba y el grupo que entonces llevaba *Historia 16* y desde hace seis años publica *La Aventura de la Historia*. Al margen de las colaboraciones puntuales que me fueron pidiendo y de aquellas que busqué entre compañeros catalanes para temas que interesaban a la revista, iba a participar yo, a raíz de estos vínculos, en el núcleo programador de las dos decenas y media de números especiales dedicados a la guerra civil española, al lado de Tuñón de Lara, Julio Aróstegui, Gabriel Cardona, Javier Tusell y Ángel Viñas. La serie apareció en 1986.

Mucho antes de eso Tuñón de Lara me pidió que colaborase en la colección «Estudios de Historia Contemporánea», que dirigía en la editorial Siglo XXI, y preparé para ella dos libritos, que eran colecciones de textos comentados y precedidos de una introducción general y de una bibliografía. Fueron *Cataluña Contemporánea, 1900-1936*, publicado en 1974, y *Cataluña Contemporánea, siglo XIX*, que apareció en 1977. A veces los encuentro muy desgastados y encuadernados posteriormente en tapa dura en las bibliotecas universitarias, señal de que han sido muy leídas sus sucesivas ediciones. Fruto de la relación con David Solar iba a ser el encargo del breviario *El nacionalismo catalán*, que aparecería en 1991 en la colección «Biblioteca Historia 16», una colección de libritos básicos que Solar concibió con mucho más acierto editorial que éxito comercial por problemas de distribución. Después de esta edición en castellano, aparecería la versión ampliada catalana de 1992 y la inglesa, publicada en Londres y en Nueva York en 1996. La última edición corregida y aumentada en castellano ha sido la publicada por Alianza de Bolsillo en 2004.

En diciembre de 1974, con el bagaje que antes he enumerado, me presenté a las oposiciones restringidas de adjunto de universidad. Después de los que llevaban más tiempo de adjuntos interinos y que se convirtieron en funcionarios sin oposiciones, veníamos nosotros. En la Autónoma de Barcelona había dos adjuntas vacantes en nuestro departamento: una que se denominaba ciencias sociales y que se había creado para Antoni Jutglar que hacía tiempo había pasado a la Universidad de Barcelona, y otra que se denominaba simplemente historia, y que

asustaba a todo el mundo. A esas plazas nos presentamos solos Termes y yo, él a la primera y yo a la segunda. Me decidí a ello después de adivinar que una denominación tan rara no podía ser más que la de la plaza de nuestra Facultad aunque nadie me lo confirmase, ni siquiera el decano fundador Federico Udina. Juntaron aquellas plazas raras a las oposiciones de profesores de historia moderna. De manera que el primer ejercicio, trató de esa edad tanto universal como de España. Después, la lista de temas que el tribunal elaboró especialmente para mi caso abarcaba el temario más diverso y me tocó hablar nada menos que del mundo helenístico.

Con la adjuntía en el bolsillo pude dejar el Instituto Maragall. Cuando había entrado en la UAB era el único penene doctor del departamento de historia, pero no podía tener la dedicación exclusiva ni ocupar una plaza interina de mayor categoría a causa de continuar en el Instituto. Dejarlo sin consolidar mi situación universitaria en una época tan insegura, era demasiado arriesgado. Hoy no sería posible compatibilizar la enseñanza media y la universitaria. Resultaban, no obstante, agotadores la sobrecarga de trabajo y el contraste entre la inestabilidad del mundo universitario y la mentalidad dominante en el Instituto Maragall: aquí, por ejemplo, la consternación fue mayúscula cuando asesinaron a Carrero Blanco, mientras en la Universidad, en medio de la indiferencia, muchos no ocultaban que lo consideraban una buena noticia.

Pocos meses después del concurso de la adjuntía, salió a oposición una agregación de historia moderna y contemporánea de España de la UAB. Era una denominación que resultaba anticuada a aquellas alturas, pero el decano Federico Udina la había decidido sin consultar a nadie. Seguramente, al ser medievalista, consideraba que esa denominación era la más adecuada. Y otra vez al Madrid de las oposiciones. Esta vez no me la jugaba tanto, nadie me podía sacar la adjuntía, pero iba a tener un competidor —Rafael Sánchez Mantero— y me iba a tener que enfrentar a un práctico de letra cortesana y procesal, cosa que asustó decisivamente a todos los demás contemporaneístas catalanes y que a mí me tenía angustiado pues las pocas clases que recibí amablemente de Manuel Mundó eran del todo insuficientes para tamaña aventura. Las oposiciones tuvieron lugar en la Academia de Jurisprudencia y Legislación, mucho menos frecuentada que la cercana sede del CSIC, el *opositorium* como algunos lo llamaban, en la calle Medinaceli, detrás del Palace. Ello se debía a que el CSIC estaba ocupado por otras oposiciones que se celebraban al mismo tiempo: las de una agregación de historia contemporánea de la Universidad de Barcelona, a la que se presentaba Pep Termes, que la ganó.

Presidía el tribunal de la agregación de la Autónoma de Barcelona, a la que me presentaba, el padre Miquel Batllori. Detrás de la cara amable del Padre Batllori, se veía el busto en bronce de Franco, que estaba agonizando en el Pardo mientras no se sabía cómo iba a terminar la marcha marroquí sobre el Sahara, todavía español. Fue efectivo e importante el apoyo que me dio Emili Giralt, que formaba parte del tribunal por nombramiento de mi Universidad, basándose en una sugerencia mía. Puede resultar paradójica en un régimen tan centralista como aquel una norma como la de que la Universidad de la plaza que salía a concurso,

nombrara un vocal representante. Entre los temas de la lista elaborada por el tribunal de cara a la encerrona me tocaron por sorteo la idea imperial de Carlos V y la reforma agraria. Les gustó más como traté el primer tema que el segundo porque me faltó tiempo y espacio para decir todo lo que hubiese querido. No descubrieron que me había limitado a repetir lo que decía Joseph Pérez en un manual sobre Carlos V, mientras el tema de la reforma agraria lo tenía mucho más trabajado. Cosas de las oposiciones. A veces es malo saber más de lo imprescindible y no limitarse a un estado de la cuestión ya hecho por otro y que cabe en el tiempo disponible. Todo acabó bien para mí y me fui contento a Barcelona. A continuación negocié y conseguí el cambio de denominación de la agregación que se convirtió en historia contemporánea.

Quedaba el último escalón. El acceso a cátedra, a la que se llegaba sólo por concurso de méritos sin intervención presencial de los concursantes. Iban a pasar seis años. La situación era muy confusa en aquellos primeros tiempos del nuevo régimen constitucional todavía frágil, y la universidad no era una excepción en aquel panorama inseguro. Podía pasar que todo quedase igual y entonces había que tirarse al agua en el primer concurso de acceso a cátedras que saliese, o podía desaparecer el cuerpo de agregados y convertirse éstos en catedráticos en el mismo sitio donde estaban, que es lo que ocurrió al final. Acertaron los que se quedaron quietos.

Entre 1976 y 1980, con la tranquilidad de tener una situación estable en la Universidad, emprendí dos trabajos sucesivamente, en los dos actué acompañado de otros colegas. El primero fue una obra ambiciosa de síntesis, el volumen de la *Història dels Països Catalans* entre 1714 y 1975, que escribí junto con Nuria Sales y Manuel Ardit y publicó EDHASA en 1980. Ya antes había dirigido los volúmenes del siglo XIX y el siglo XX de la Historia de Cataluña de Editorial Salvat, que coordinó Josep M. Salrach, también autor de la parte antigua y medieval, acompañado de Eulalia Duran para la moderna, del primer volumen de la *Història dels Països Catalans*, dirigida por mí. Fue un éxito editorial porque la demanda de síntesis era muy superior a la oferta hasta el extremo de reeditarse la *Història Nacional de Catalunya* de Rovira i Virgili, que no estaba actualizada y se paraba en el siglo XVI. Me llamaron para escribir la parte contemporánea pero preferí llevar a cabo una obra que no tuviese el pie forzado de completar otra antigua que naturalmente había de mantener el nombre de su autor para una parte que él no había escrito. El segundo trabajo que emprendí, éste de investigación, era el estudio de las elecciones generales en Cataluña de 1901 a 1923. Lo realicé con Conxita Mir i Joan B. Culla contando con una subvención de la Comisión Asesora Científica y Técnica de la Presidencia del Gobierno, complementada con una ayuda de la Fundació Jaume Bofill, que publicó el estudio en 1982.

Mientras tanto los coloquios de Pau, con la vuelta de Tuñón de Lara a España, tuvieron nuevas ediciones en Madrid, Segovia y Cuenca y gracias a ellos entré en relación con Julio Aróstegui, Juan Pablo Fusi y Javier Tusell. Recuerdo que en Segovia dijo un colega, que era de historia económica, que la historia social se había quedado sin paradigma, que era el marxismo. Nadie dijo nada a

pesar de que algunos pensaban que no necesitaban andadores y hasta alguno debió pensar con nostalgia que una claudicación como aquella tarde o temprano se paga. Pero un silencio, entre culpabilizado, piadoso e indiferente, acogió la tesis. Quizás porque ni dentro ni fuera del coloquio se presentaba nadie amenazador con una doctrina de recambio.

Recuerdo que también en Segovia un periodista me preguntó: «Usted que es historiador, ¿qué cree que va a pasar?». ¡Dichosos aquellos tiempos en que éramos vistos como unos augures retrospectivos! Es una lástima haber perdido un papel tan sobredimensionado como el que se nos atribuía entonces, pero el perfil social normal del historiador es el de ahora. Más tarde, a principios de los noventa, en el congreso de historia del franquismo que organizaron Tusell y Alicia Alted en la UNED participé junto con otros historiadores catalanes. El círculo se había ampliado mucho.

Pero hay que volver a principios de los ochenta. Había llegado el momento de decidir qué hacer en relación al tema del acceso a cátedra y me decidí por la opción más arriesgada: concursar a la primera ocasión. Salió una cátedra en la Universidad de Oviedo. David Ruiz y José Girón estaban de acuerdo en que se me concediese la comisión de servicio para Bellaterra, siempre naturalmente que la UAB pagase el sueldo. Mi paso les servía de compás de espera. Yo debía asegurar previamente mi permanencia en Bellaterra y expuse la operación en la junta de Facultad, que la aprobó en votación secreta con la abstención del decano que era Josep Fontana. A finales de mayo de 1982, antes del primer gobierno del PSOE, pero un año después del 23 F, tomaba yo posesión de la cátedra de Oviedo y volvía el mismo día a Barcelona. Un año después conseguía el traslado a Bellaterra, de donde no me había movido. Y toca acabar aquí este relato.

Durante el período que nos ocupa me atrajeron especialmente las relaciones entre el movimiento obrero y la identidad catalana, entre anarcosindicalismo y socialismo y la cuestión nacional, entre la lucha de clases y la lucha por el autogobierno de Cataluña. Después de un interludio dedicado a los comportamientos electorales, pasaría al estudio de las instituciones y así, en los años noventa, en el marco del Institut d'Estudis Catalans, me ocupé de la historia de la Mancomunidad de Cataluña entre 1914 y 1924, de la edición de la obra completa de Enric Prat de la Riba y, a continuación, de la historia del mismo Institut d'Estudis Catalans, que muy pronto celebrará su centenario. Después del primer volumen ya publicado, preparo el segundo hasta los tiempos recientes, con la colaboración de Enric Pujol y Santiago Izquierdo. Mi pertenencia al Institut d'Estudis Catalans desde 1986, de cuya Secció Històrica soy presidente desde hace seis años, me ha servido de estímulo en la investigación de nuevos campos.

Con motivo de escribir la historia del movimiento scout catalán, publicada en 1993, hube de reflexionar sobre las características y los factores del cambio de mentalidad en los años sesenta y setenta. Vi en seguida que no se trataba de un tema banal sino de una institución educativa en el tiempo libre de extensión internacional, arraigada en el excursionismo y en el catalanismo, un movimiento por el que habían pasado bastantes de los futuros dirigentes de la sociedad civil y de

la política catalanas. Contaba con el archivo de las entidades scouts a mi disposición y con la coautoría de un testimonio de excepción: Genís Samper.

Después de 1982 no he dejado, sin embargo, mis temas anteriores. Así el año 2001 publiqué seis estudios agrupados en un libro con el título *Violència social i poder polític*. En él reuní un extenso estudio actualizado sobre el pistolerismo sindicalista de los años anteriores a la Dictadura de Primo de Rivera, otro sobre el socialismo en el laberinto catalán hasta 1936, un tercero sobre Manuel Azaña y Cataluña durante la guerra civil, un cuarto sobre el destino de los edificios eclesiásticos en Barcelona durante la guerra civil, un quinto que es el único estudio existente sobre el consejo de guerra contra Joan Peiró en 1942 y, finalmente el libro incluye un artículo sobre los catalanes y el servicio militar desde la guerra contra Napoleón hasta la supresión de la mili.

Me ha gustado siempre alternar la monografía de archivo con la síntesis divulgativa, que en gran parte es una derivación de mi trabajo docente. Y dentro de esta última línea, en 2004, he publicado con Arturo Pérez, Flocel Sabaté y Antoni Simon una *Història de Catalunya* (del paleolítico al tripartito como ha dicho un periodista), que ha conocido una segunda edición a los cuatro meses de salir y que quizás cuando se publique este artículo ya habrá aparecido también en castellano.

Creo necesario el diálogo y el debate sereno entre historiadores dedicados a diversos aspectos y arraigados en distintos ámbitos geográficos y culturales. Me parece que hoy escasea ese diálogo en comparación con aquellos lejanos años setenta, por lo menos entre los componentes de aquella generación que puso en marcha la historia contemporánea como área académica normalizada en la universidad.

He procurado evitar aquello que pudiese aproximar este escrito a un currículum o a un discurso de historiografía a sabiendas de que podía parecer anecdótico, pero el lector sabrá ver el trasfondo que esa peripezia individual trasparenta.